A man with grey hair, wearing a tan military-style short-sleeved shirt and trousers, is sitting outdoors. He is looking directly at the camera with a neutral expression. The background is a blurred outdoor setting with some foliage and a fence.

Albox

desde la **LEJANÍA**
y el *Recuerdo*

Jose Ignacio Jimenez - Historiador

ALBOX DESDE LA LEJANÍA Y EL RECUERDO



● José Ignacio Jiménez en la Plaza Mayor de Albox

ALBOX DESDE LA LEJANÍA Y EL RECUERDO

*JOSE IGNACIO JIMÉNEZ,
HISTORIADOR*

A la memoria de mi padre y de mi hermano, lomeros de pura cepa, a todos los Gordos y a mi compañera de vida María Clemencia, quien me ha seguido en toda esta aventura.

Mi padre, Ignacio Jiménez Jiménez hijo, nieto, bisnieto y tataranieto de herreros, nació en la calle San Leonardo de La Loma en 1898, donde se crió con sus hermanos José, Luis, Juan e Isabel y fue emigrante a Francia, Cuba, Estados Unidos y Puerto Rico. Llenó mi infancia de ricos y fértiles recuerdos de su gente, su familia y su pueblo. Sus numerosos relatos sirvieron de contrapeso a la dureza de la vida en la urbe neoyorkina, en aquella jungla de asfalto que en palabras del prócer cubano, José Martí, era un mundo "revuelto y brutal". En mi, contribuyó de una manera decisiva a la elaboración de un abundante imaginario que me unió la Albox desde mi niñez y en este sentido puede afirmarse que nuestra

distancia fue más bien física, ya que el espíritu de aquel pueblo de principios del siglo veinte solo pudo conservarse y hacer acto de presencia en mi formación a cada instante, gracias a la prodigiosa memoria y poder descriptivo de mi padre. No cabe duda de que este legado también contribuyó grandemente a mi vocación de historiador y a mis incondicionales nexos con esa villa. En este artículo hablaré por la voz de mi progenitor y a ellas añadiré algunas de mis propias experiencias, vividas muchos años después, desde los años sesenta del siglo pasado hasta el presente.

Como ya he dicho, mi reencuentro con Albox y concretamente con La Loma, despertó en mi las primeras referencias y recuerdos que tuve del solar ancestral. Pienso que estas vivencias de las propias raíces vistas desde Nueva York, a más de siete mil kilómetros, podrían interesar a los alboxenses de hoy que no han sentido la necesidad de emigrar y tampoco han vivido el exilio.

La lejanía de la cual hablaré, fue la de aquel Albox que conoció mi padre, que pertenecía a la familia de los Gordos, como se les conocía en La Loma. Al escribir estas líneas, se me viene a la memoria un pensamiento que define mejor que ninguno el talento de mi padre a la hora de describir el ambiente que se respiraba entonces en su pueblo y a la cotidianidad del mismo. Cuando el escritor inglés, G.K. Chesterton, visitó España y conoció a sus campesinos dijo aquello de "¡Que cultos son estos analfabetos!". Como tantos alboxenses de

aquella época, mi padre sí pudo recibir sus primeras letras y tuvo una educación primaria. Más bien se le podría englobar dentro de esa rica tradición arábigo-andaluza del "cuenta cuentos", talento innato que aún pervive entre muchos de nuestros mayores.

Albox y La Loma vistos desde la lejanía y la nostalgia puede ser una rica experiencia para un hijo de emigrante, colocado por el azar en una cultura ajena a la paterna. Se juega nada menos que con la propia identidad, el ser o no ser, y en última instancia, con las raíces propias. Si el sujeto en cuestión y su interlocutor son de carácter sensible, el impacto de un relato familiar íntimo resulta imperecedero. Este ha sido el caso del mi padre y el mío propio. Ya asimilados los primeros momentos de su llegada a América y el drama de su separación familiar y probablemente buscando momentos menos tristes, solía pasar irremediamente a su ámbito comarcal, a la patria chica y sus contornos inmediatos, a la fragua de la calle San Leonardo, a la cacería, a las sevillanas, parrandas y malagueñas de los jovencuelos que se reunían frente a su casa, a la Venta del Cholas, a la primera planta eléctrica que hubo en el pueblo y a la grandiosa fiesta que se celebró la noche de su inauguración, al primer automóvil que llegó a Albox, a Torcuato el cura, el Café de las Músicas en la plaza de San Francisco, al entrañable compañerismo de Perico el Gitano, con el que iba a cazar conejos y con cuya fotografía, que



● Foto de familia, año 1903, el abuelo Ignacio Jiménez Torres, su mujer Ángela Jiménez Pérez, el padre de Jose Ignacio, Ignacio, es el niño con la mano en el hombro, además sus hermanos José, Luis, Juan e Isabel



● Ignacio Jiménez Jiménez en los años 30 en EE.UU.

guardaba mi padre como oro en paño, adorno este artículo. Hasta el día de hoy, perdura una relación muy especial con esa familia y me honran con su amistad Frasquitillo, el hijo de Perico, Bartolo, el mejor guitarrista del mundo, el Hércules, magnífico contertuliano y mi viejo amigo y camarada, José Luis, el gitano.

Todo esta historia iba en aumento a medida que yo le preguntaba por su gente, su familia y su pueblo. Aquel derroche de anécdotas y experiencias imborrables se iban convirtiendo en un marco de referencias que iluminaron mis noches de infancia y adolescencia, signadas por la necesidad y la pobreza que encarnaban la emigración. Con el paso de los años y con otra perspectiva, hoy considero que toda aquella fantasía no fue más que un comprensible mecanismo de defensa contra la terrible situación económica y social que vivía que se vivía. Fue, repito, una época en que se produjo una de las crisis del capitalismo, en la que se echó a la calle a miles de trabajadores, fantasma que sigue azotando a la sociedad occidental.

Y en todo ese mundo en que el escapismo nos ayudaba a sobrellevar las penas y alegrías y en el que convivían la nostalgia y la dura e implacable realidad con una juventud ingenua y despreocupada,

ALBOX DESDE LA LEJANÍA Y EL RECUERDO



● *Pedro Contreras, padre de Pío Contreras. Pedro fue el gran amigo del padre de José Ignacio, foto años 20, con todo lujo de detalles, como el hurón en la "garigola".*

seguía el relato y se volvía a repetir ese rico caudal de recuerdos que mi padre llevaba en la memoria como si fuera la primera vez que lo escuchábamos. ¡Dios mío, cuanta anécdota, cuanta vivencia compartida! Que si la Ermita del Saliente y su romería, sus supuestas 360 puertas y ventanas -en palabras suyas, como días tenía el año- que si las crecidas de la Rambla y el sonar avizor de las caracolas, que si la caza con Perico, su padre y sus hermanos en el Cerro Gordo, la Cañada Bentandux y la Sierra Limaria, que si el Palacio de la Marquesa de Almanzora, que si el viaje en burro y a pie, durante seis horas, a Tahal, a donde iban a vender los hierros de su fragua, que si los bancales del abuelo en La Molata y en la Fuente de Demetrio, que si la visita de Augusto Barcia a Albox, con su promesa de un puente para el pueblo, que si la fama del padre Juan Ibáñez, solidario y humanista, de quien mi padre decía que se quitaba su ropa para dársela a los pobres, que si los desplazamientos de la familia a la playa de Garrucha, con sus baños medicinales. Y luego su salida de Albox.

...

En las dos primeras décadas del siglo veinte, muchos alboxenses, pasaron a Francia a pie por el Pirineo catalán, cruzando esa frontera por La Junquera. Mi padre y sus hermanos así lo hicieron y después de un periodo en ese país vecino consiguieron trabajo en Reims y en París y volvió a Albox, permaneciendo ahí durante

unos meses solo para retornar a Francia y desde ahí embarcar para Cuba desde el puerto de Le Havre. Cortó caña en la Central Jaronu de Camagüey, hoy llamada con la Revolución cubana Central Brasil. En Cuba tuvo como compañero a Don Victoriano, a quien vi en una de mis visitas a Albox. Vivía en una casa aledaña a la vieja Iglesia de la Plaza de San Francisco y con él pasé horas practicando sobre el trabajo que hicieron en el llamado infierno verde de la caña de azúcar.

Desde Camagüey, mi padre marchó al puerto de Nuevitas, en donde se las arregló para ir a Nueva York como polizón a bordo del vapor "Montevideo". Una vez en la urbe neoyorquina se dirigió al Barrio, como así llamaban a la vecindad puertorriqueña del Harlem hispano, en donde también existía una pequeña comunidad española. Se le había dicho que si tuviera algún tropiezo o dificultad, fuese ahí, ya que los puertorriqueños hablaban español y compartían una misma cultura que le facilitarían las cosas. Años después, justo antes de la Depresión, volvió a vivir en ese sector, conoció a una puertorriqueña, de cuya unión nació yo. Pero entre su llegada a Nueva York, y la crisis de 1929, mi padre se fue a Paterson, estado de Nueva Jersey, en donde ya habían varios vecinos de La Loma, como Fernando Berruezo, padre del sacerdote del mismo nombre a quien conocí años después cuando me visitó estando yo en las Naciones Unidas. Otro compañero de trabajo en Paterson fue Vicente Gil Sánchez, también del barrio de San Francisco. En casa se mencionaba mucho a Miguel Liria, su entrañable amigo con quien



● *Ignacio Jiménez Jiménez, en Albox, años 20. Gentileza de Ana María Jiménez*

había trabajado en la fábrica de seda de Lodi, Nueva Jersey y en la siderúrgica de Bethlehem, Pennsylvania. Pocos meses antes de la guerra civil de 1936, Miguel volvió a Albox, con su esposa y dos hijos, Trini y Pedro. En el pueblo tuvo un Café llamado El Recreo, cerca del cuartel de la Guardia Civil y más tarde estuvo frente al Hogar. En 1953, interrumpido el contacto de mi padre con su familia, recuerdo que Pedro, o "el Piri" como se le conoce en Albox, nos visitó en Nueva York y desde entonces, yo en Caracas y él en los Estados Unidos, mantenemos una muy buena relación, parte de la cual se centra en las cosas de Albox y en la vieja amistad de nuestros padres.

Antes de proseguir, estimo de interés para el lector, contar algo sobre las peripecias de mi padre en Nueva York. Tuvo otro compañero de trabajo en la industria hotelera de Manhattan a Moisés Granero, paisano del Llano de los Olleres, del cual hablaré después. Cuando se instalaron en Nueva York por los años treinta, optaron por tomar unas clases de inglés con el fin de mejorar su estatus laboral y se apuntaron a un colegio público que las impartían gratuitamente. Un día dicha escuela fue objeto de una de las redadas periódicas que el Departamento de Inmigración de los Estados Unidos realizaba, la temida "Migra", como hoy día la llaman los indocumentados latinoamericanos. Debido a que mi padre había entrado a ese país de polizón y no tenía sus papeles en orden, salió despavorido de aquel lugar para nunca más volver a apuntarse a los programas educacionales que existían para los emigrantes. No fue hasta muchos años después y estando yo en Naciones Unidas, en que pude regularizar su estatus migratorio, pero para entonces mi padre había sobrevivido los rigores de sus primeros años en los Estados Unidos.

En varias ocasiones se me ha preguntado en Albox sobre las noticias que llegaban a Brooklyn sobre el acontecer de nuestro pueblo. Aparte de la correspondencia con la familia, el bombardeo de la ciudad de Almería por la marina alemana en 1937, causó gran conmoción entre los almerienses que vivían en esa ciudad, la casi totalidad de los cuales simpatizaban con la causa republicana. Al terminar la guerra, se impuso una suerte de bloqueo mediático y fueron escasísimas las noticias que llegaban de España. No fue hasta los comienzos de los años cincuenta cuando volvieron a aparecer alguna que otra noticia y recuerdo una, publicada en el diario YA, de Madrid, que daba cuenta de la inauguración de un Instituto Laboral en Albox. En mi papel de funcionario de prensa de España en la ONU yo tenía acceso a los medios informativos nacionales y huelga decir, el tema de Albox nunca estuvo ausente en mí. Queriendo aminorar el distanciamiento de mi padre con su pueblo, le llevé el recorte de prensa que hablaba del Instituto y recuerdo que se alegró mucho.

Este también fue el caso de un reportaje de NODO sobre la visita de Franco a Huerca Overa, allá por la década de los sesenta. Entre los manifestantes que lo recibieron ahí, pude identificar una delegación de Albox con un gran cartel que pedía agua para nuestra comarca. Igualmente le proporcioné estas tomas a mi padre que nunca me había dejado de hablar de la escasez de este preciado líquido en su pueblo. ¿Y de otras noticias de Albox? La más impactante fue sin duda la de la riada de 1973, casi poéticamente descrita por Diego Granados en su escrito ANÁLISIS DE UNA TRAGEDIA, entregado



● José Ignacio con sus padres en 1948

a mí, en Nueva York, por Pedro Liria, al cual ya me he referido. Finalmente, Albox volvió a los medios informativos con motivo de la comparecencia de la paisana y amiga María del Saliente Perán en un programa de televisión sobre el Quijote y todos nos sentimos orgullosos de ella. No relacionada con las noticias sobre Albox en el exterior, pero si con su presencia en los medios audiovisuales, a finales de los años sesenta apareció un documental a color sobre la provincia de Almería llamado TIERRA DE FUEGO y para mi grata sorpresa, al verlo me percaté de que incluía unas breves vistas del mercado de los martes. Durante mi última visita a Albox, en noviembre de 2013, avisé a Miguel Ángel Alonso Mellado, coordinador de EL ARRIERO, para que localizara ese documental y hoy tiene copia de ese hallazgo en su poder.

Sigamos con los temas relacionados con Albox en el exterior. Alrededor de 1917, mi tío abuelo, José Jiménez Torres, también herrero como casi toda mi familia desde tiempos inmemorables, fundó una fragua en Almanzora, pero debido a una de las crisis económicas que azotó la región, esa familia decidió marcharse completita a San Rafael, provincia de Mendoza, en la Argentina. Al parecer, el golpe de esta salida fue tan grande que mi padre me describía con emoción y lujo de detalles la despedida que le dispensaron a esos parientes en su casa de la calle de San Leonardo, pues como bien conocen tantas familias alboxenses, en aquella época, nunca se sabía si se volverían a ver. Han tenido que pasar muchos años hasta que yo he podido reunir otros testimonios sobre aquella despedida y hoy, gracias a mi prima Ángeles Jiménez, ha llegado

ALBOX DESDE LA LEJANÍA Y EL RECUERDO



● José Ignacio cuando era Encargado de Relaciones Públicas de España en las Naciones Unidas

a mis manos la letra de la copla que se cantó ese día, aunque me falta por conocer su música. Decía así:

Ojos míos no lloréis,
lágrimas tened paciencia,
que el que desgraciadito nace,
de pequeñico empieza.

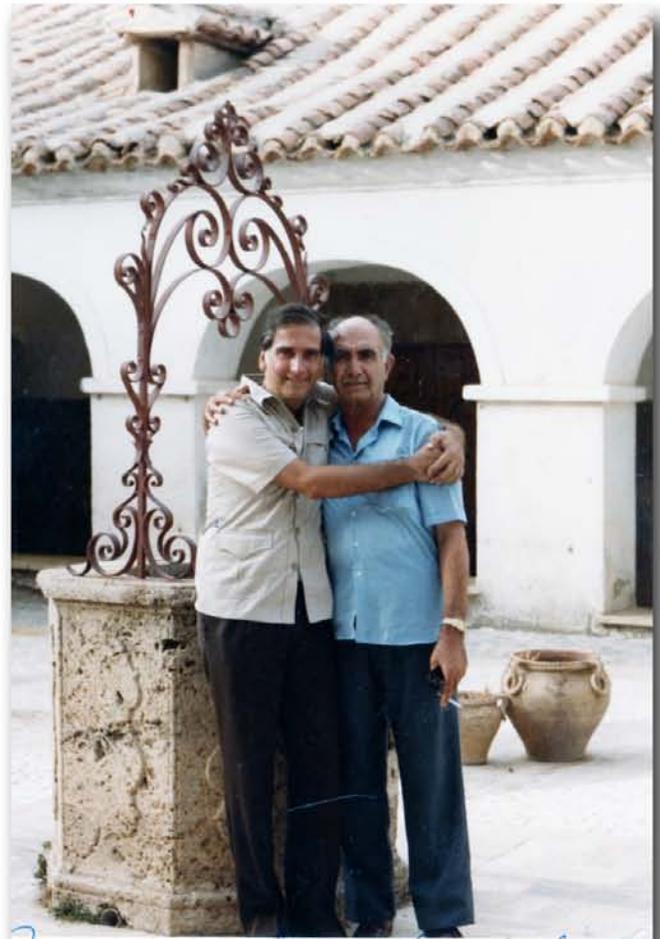
Transcurrieron muchos años sin que yo diese con el paradero de aquel entronque familiar y no fue hasta el 2009 en que pude trasladarme San Rafael, con el propósito de conocerlo. Resulta que el nieto de mi tío abuelo, también llamado José y hoy fallecido, se había convertido en un exitoso y respetado industrial de esa región argentina, llegando a ser concesionario de la fábrica Ford y de otras compañías automovilísticas. Reunida la familia, se volvieron a repetir los recuerdos de nuestra común herencia alboxense y en tierra argentina celebramos juntos nuestro reencuentro. Supe que en el campo científico, su hermano menor Domingo Félix Giménez había descubierto con otro científico, un método para luchar contra el Botulismo, una enfermedad tóxica infecciosa y que su nombre figura en los anales de la medicina mundial.

Un ámbito de la cultura alboxense que siempre me ha interesado es el del idioma local, concretamente el de algunas expresiones usadas por mi padre. Mis investigaciones a propósito me han convencido de que muchas están en desuso, pues al preguntarle a algunos jóvenes si las conocían, informaron que no. De hecho, incluso algunas personas mayores tampoco las han conservado. Empezaré por "abonico". A mi madre, natural de San Juan de Puerto Rico, tierra de un habla

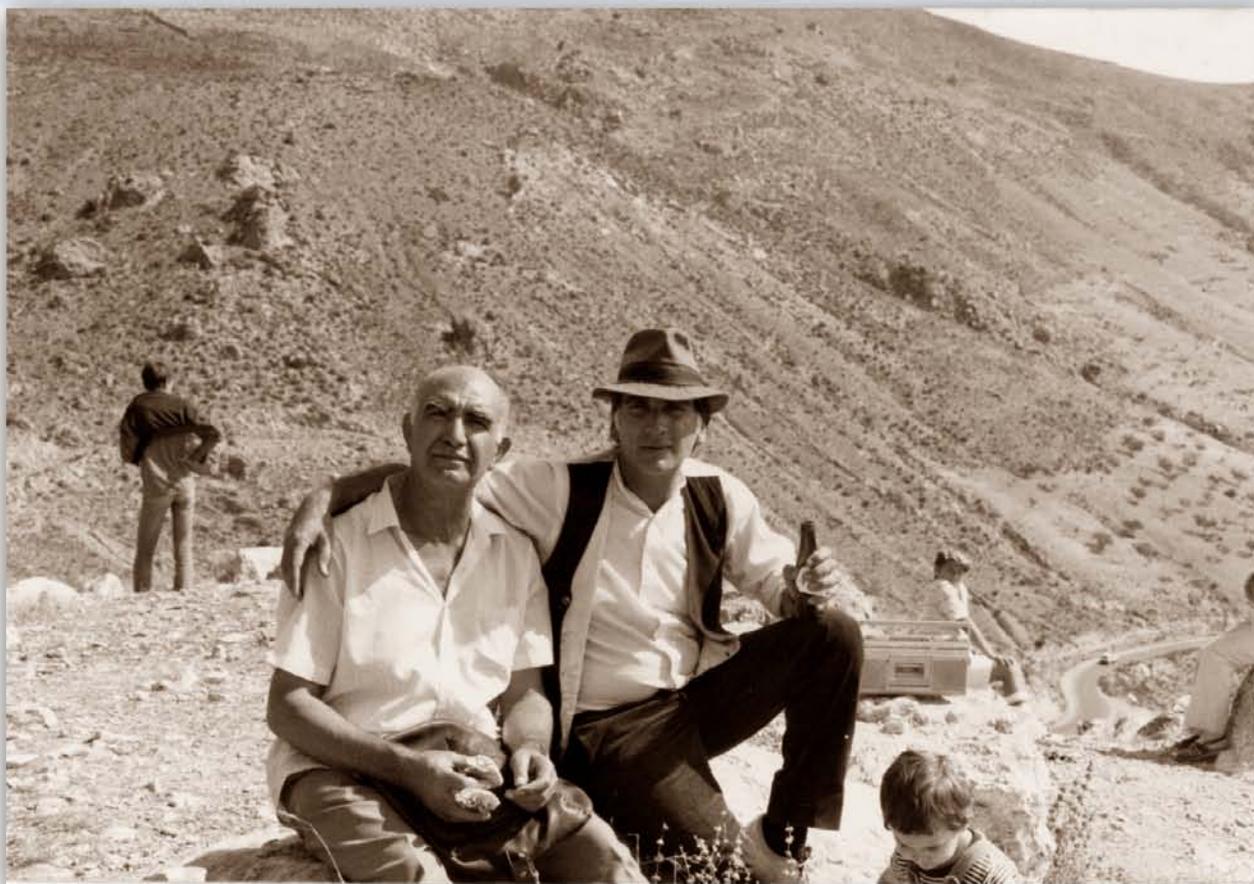
vivaz y chispeante, característico de las Antillas, le sorprendía este y otros regionalismos, propios de Murcia y del Valle del Almanzora, cuando mi padre le pedía que hablara "abonico", o sea, de manera pausada y despacio. En una de las ediciones del Diccionario de la Lengua Castellana figura, aunque ha desaparecido posteriormente. Otro término que recuerdo es "tahalí" que mi padre pronunciaba "tahalín" y que significa, según el diccionario una pieza de cuero colgada del cinturón, o sea un talego. En la fotografía del gitano Perico Contreras, que ilustra este trabajo aparece uno. Tampoco es generalmente conocida en Albox hoy día, o por lo menos no la he escuchado. La palabra "las Alzabaras" que mi padre usaba al referirse a la salida de La Loma, camino de Arboleas y después de la Venta del Cholas, seguramente refiriéndose a unas plantas espinosas y puntiagudas, una especie de cactus que había en ese sector.

Lo que he contado hasta el momento sobre mis vivencias alboxenses guarda relación con la vida de mi padre y el entorno en que se desenvolvió. He dejado hasta el final el momento más íntimo de esta historia, sin el cual todo lo que he dicho hasta ahora carecería de sentido. Me refiero al encuentro con mi hermano, Ignacio Jiménez Montoya, conocido en la Loma con el apodo de "el Montoya" o "el Alférez". Ya enfrentadas todas las etapas dramáticas y emotivas, puedo tratar el tema con mayor serenidad.

Antes de marcharse a Francia, mi padre contrajo matrimonio con Catalina Montoya Pérez, hermana de



● Parada en el Saliente en 1983 antes de llegar a Albox, el día que conoció a su hermano Ignacio



● Jose Ignacio e Ignacio en una visita al Saliente en 1983

Concepción Montoya, comerciante de la calle del Muro en el pueblo. Mi hermano, el cual yo no conocía por motivos que no vienen al caso mencionar, fue producto de esta unión. La situación ilegal de mi padre en Estados Unidos, la depresión de los veinte, la guerra civil española, la postguerra y el cerco al gobierno franquista que duró hasta 1953, contribuyeron a ese distanciamiento, aparte de otros motivos íntimos que ignoramos. Lo cierto es que tanto mi hermano como yo fuimos víctimas de un problema que marcó nuestras vidas.

Desde niño yo sabía que tenía un hermano en Albox. No fue hasta 1960 cuando decidí viajar a España para conocer el pueblo de mi progenitor. Recuerdo que al llegar a Almería, capital, lo primero que hice fue visitar la Biblioteca Villaespesa y pedir la Guía de Almería, del padre Tapia, en donde aparecía una foto de la Ermita del Saliente. Al día siguiente alquilé un taxi y la pedí que me llevara a la Ermita, pasando por Albox. El pobre conductor se confundió y me llevó al Santuario de la Virgen de la Cabeza en Monteagud, atravesando unos paisajes esteparios y una tortuosa carretera en pésimo estado. Puse el grito en el cielo, casi bajo un ataque de nervios y le exigí que me llevara al Saliente, para mi ¡la única y más bonita ermita del globo terráqueo!... Llegamos a la hora del mercado de los martes, la calle del Muro y la Rambla estaban repletas de ganado y de tratantes, "los calzas" a quienes aludía mi padre. Caminé por el pueblo, le compré una medalla de la Virgen del Saliente en la imprenta de la plaza de los Luceros, que llevaba el nombre de esa invocación mariana y luego entré a una muy concurrida taberna llamada Los Carasoles, conocida también como el nombre de Los

González. Todavía no me había atrevido a pasar por la casa de mi padre en la calle Rulador en donde vivía mi hermano, ni por la de mis abuelos en la calle San Leonardo. El carácter delicado de su situación familiar no me autorizaba a forzar este encuentro y solo Dios sabe cuanto sufrí al privarme de algo que yo llevaba muy dentro. Tomé una fotografía de la casa de mis abuelos, bajé hasta la plaza de San Francisco, vi a unos escolares con batas grises cerca de unos arrieros que daban agua a sus bestias en una fuente y proseguí el viaje hasta el Saliente. Antes de subir al Santuario me detuve en los Cerricos y pasé brevemente por el Chirivel, lugar de donde procedía mi abuela materna. Empezaba a obscurecer. En la Ermita no había electricidad y eso hacía que el lugar cobrara un ambiente misterioso y místico que se me ha quedado grabado hasta el día de hoy.

Entre 1960 y 1975 hice varios viajes a Albox, todos de incógnito y todos penosos para mí, pues vivía mi padre y yo aun no me sentía autorizado a actuar por mi cuenta. En 1983 falleció mi padre en San Juan de Puerto Rico y por fin llegó el momento de conocer a mi hermano. Me viene a la memoria el instante en que le escribía a mi hermano informándole de la muerte de nuestro padre y diciéndole que la vida había querido que por motivos ajenos a nosotros no nos conociésemos, manifestándole mi deseo de verlo. A las pocas semanas recibí una respuesta suya diciéndome que él también albergaba el deseo de poder abrazarme y que esperaba mi llegada.

Yo tenía pautada mi arribo a Albox desde Nueva York, vía Madrid, pero los vuelos de Iberia de aquel día fueron

ALBOX DESDE LA LEJANÍA Y EL RECUERDO



● Ubicación de la fragua de la familia Jiménez desde el Siglo XIX, hasta los primeros años del siglo XX



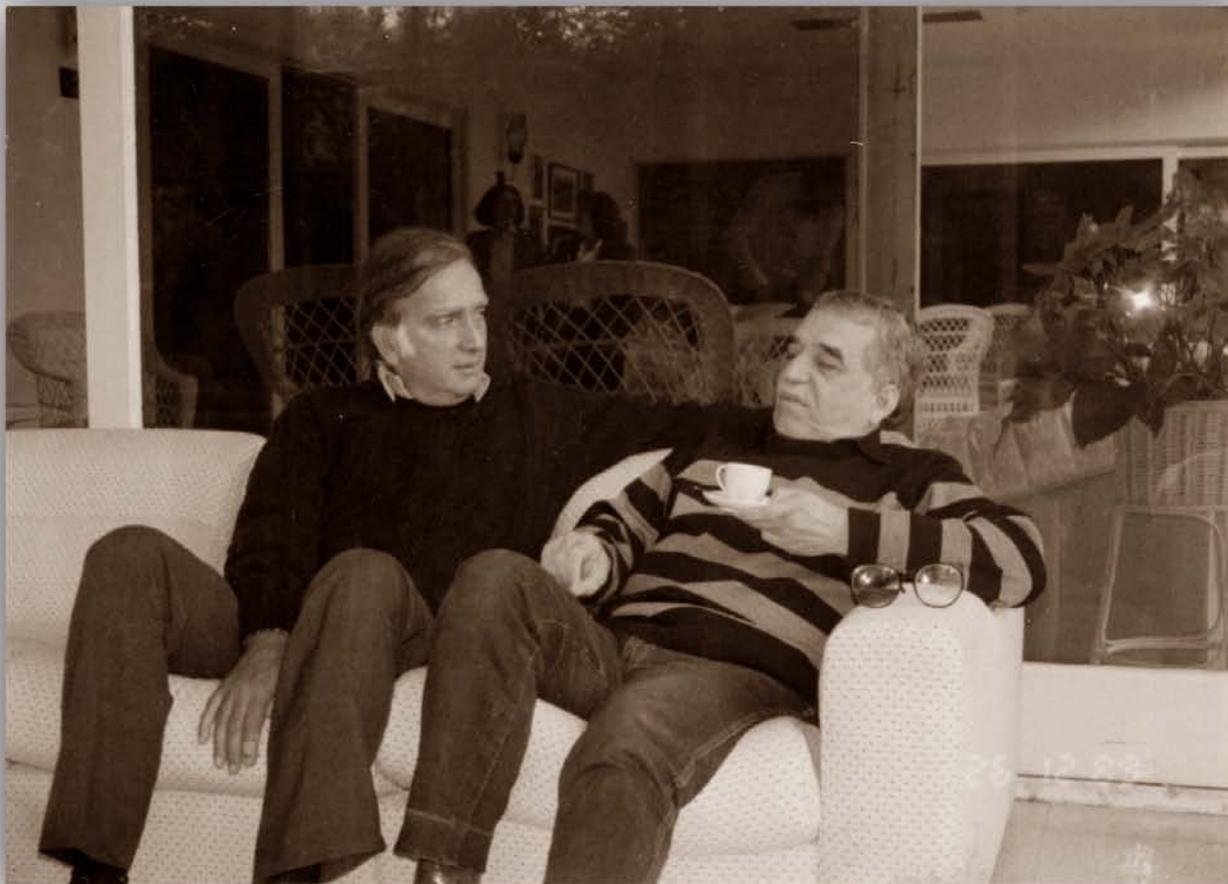
● José Ignacio con su hermano Ignacio Jiménez Montoya en Albox en 1983

cancelados y tuvimos que aterrizar en Málaga. Me hacía ilusión llegar a la estación de Almanzora, justamente por donde se había marchado mi padre a Francia, pero la venta los billetes desde Baza también se habían cancelado al cerrarse esa línea. Al llegar al aeropuerto de Málaga se me acercó una mujer que me preguntó cómo me llamaba y al decirle soltó un grito. Era mi cuñada Remedios Gómez, verdadera heroína de estas y otras jornadas, quien acompañada de mi hermano, mi sobrina Ana María y su esposo Manolo Garrido, se habían enterado del cambio de vuelo y decidieron venir hasta Málaga. Todo lo que pueda decir de mi primer encuentro con mi hermano resultaría estéril, pues no hay palabras para describir la emoción que nos embargó a todos esa mañana. Yo había avisado a algunos amigos malagueños de mi llegada y al presenciar nuestro prolongado abrazo y el mar de lágrimas, se dispersaron discretamente, dejándonos en nuestra intimidad.

El viaje a Albox en automóvil fue como una película de todo lo acontecido desde la partida de un padre que nunca había conocido y de las circunstancias que motivaron aquella ausencia. Yo solo anhelaba mitigar su dolor contándole cosas de nuestra vida de emigrantes y del respeto que hacía él y a su madre se respiraba en mi hogar. Al llegar a la calle Rulador comenzaron a aparecer por todas las esquinas numerosos vecinos que en todo momento me prodigaron con emotivas muestras de afecto y solidaridad. De la mano de Ignacio compartí con todos sus compañeros del Hogar, conocí a viejos amigos de nuestro padre, abracé a todos mis primos que desde el principio me brindaron su hospitalidad y luego estuve en el Chirivel con la otra rama de la familia.

En aquel entonces Albox vivía la agitación de los años posteriores a la Transición y fui testigo de la ilusión y de la esperanza de aquellos jóvenes que se reunían en la alfarería de los Puntas, viviendo junto a ellos los ideales que los inspiraban. Juan, Antonio, Frasquito y Luis me acogieron con un afecto sincero y fraternal. Pasábamos horas en la alfarería junto a Blas Carrillo, Pepe Oller y José Luis, el gitano. Conmovedora fue la entrevista que me hizo Radio Almanzora, en un estudio de grabación improvisado a la entrada de la alfarería. Allí se hicieron cita amigos y familiares y se repitieron las escenas emotivas que me acompañaron durante toda mi estancia en Albox. Con Juan el Puntas, su compañera Maruja y sus hijos mantengo una especial relación hasta el día de hoy y a propósito de esto quisiera mencionar el viaje que con su hermano Antonio hizo a Cuba. Estando mi compañera de Embajadora de Venezuela en la Habana se ideó un proyecto de cooperación conjunto en el área de la alfarería que consistió en la reproducción de piezas precolombinas, cuyos modelos reposaban en los archivos cubanos. Para este proyecto se trajo a varios artesanos desde Venezuela que se instalaron en la Isla de la Juventud. Pero faltaba el elemento de origen hispánico y pensamos que no había mejores representantes de esta técnica alfarera que los Puntas, quienes viajaron desde Albox para respaldar esta empresa solidaria hispano-venezolana que marcó el paso por Cuba de dos albojenses.

Al fallecer mi padre en Puerto Rico en 1983 hice publicar una esquela en la prensa local en donde decía que era natural de Albox. Aquella noche se presentó en la funeraria Blas Sánchez Guillén, lugareño de los Guillenes y como mi padre, también casado con puertorriqueña, rubricando así en este triste momento de mi vida la presencia de Albox. Blas nos informó que vivía en San Juan otro paisano, Moisés Granero, del ya he hablado, del Llano



● José Ignacio con Gabriel García Márquez en la embajada de Venezuela en La Habana

de los Olleres, con el cual mi padre había perdido contacto desde sus primeros años en Nueva York. Con ambos también tuve una estrecha relación, siempre con Albox en la memoria.

Mi vocación de historiador se vio ampliamente compensada por mis encuentros con dos personas, la primera con el padre Bartolomé Marín que seguía una escuela clásica y tradicional en el momento de interpretar la evolución de Albox y el segundo, el sacerdote Pedro María Fernández, de enfoques más sociológicos, de acuerdo con el Concilio Vaticano II. Con ambos sostuve largos y aleccionadores intercambios sobre el pasado alboxense y a ambos le debo una mayor profundización sobre su devenir histórico.

A la salida de Albox, en la carretera hacia Huércal Overa se tropieza con una empresa que dice Ballestas Jiménez y que pertenece a los descendientes de aquellos herreros de mi familia que por toda la geografía de la región -Albox, Almanzora y el Chirivel- las sembraron de fraguas. Es como si nuestra intrínseca identificación con el mundo del hierro se plasmara en la actualidad y de generación en generación.

Albox me ha acompañado a donde quiera que esté. En Murcia viven tres personas que guardan alguna relación con la presencia de nuestro pueblo fuera de sus límites y con lo que he ido contando aquí. Estando en Cuba recibí una encomienda de mi hermano para que atendiera al hijo de un vecino suyo en La Loma, de apodo el Choleo, que iba a Puerto Rico a terminar su carrera de odontólogo. José Navarro Soto, hoy destacado dentista infantil en Murcia, llegó a esa isla y como era de esperar

gran parte de nuestra conversación giraba en torno al tema Albox. Su presencia en San Juan en 1992, además, cobraba para mí otro significado. Durante el periodo en que vivió en Puerto Rico, falleció mi madre, ya viuda de mi padre y José estuvo con nosotros el día que la velamos. Fue como si simbólicamente Albox y con él, mi padre, hiciera acto de presencia aquella noche y se cerraba de esa manera un capítulo de nuestra vida de emigrantes. Con esto quedó sellada una sincera amistad que pervive hasta la fecha. Otro caso es el de Alejandro García, catedrático de la Universidad de Murcia y reconocido latinoamericanista, es autor de varios libros sobre Argentina, Colombia, México y el Sáhara. No es alboxense, pero para mí es como si lo fuera. Es natural del Taberno es hijo de Don Leontino, ejemplar caballero y durante más de medio siglo asiduo del mercado de los martes, además de ser uno de los pocos descendientes que quedan de los Melones. Mi hermano Ignacio estuvo de chofer con él durante algún tiempo y los lazos de afecto que nos unen a Alejandro y a su familia, son sólidos e entrañables. Solidario con el difícil, complejo y esperanzador proceso que vive la patria de Bolívar, en varias ocasiones Alejandro nos ha visitado en Caracas y trae con él el calor y la luz de nuestra comarca de la que siempre hablamos.

En este apartado sobre las vivencias alboxenses en Murcia, no puedo dejar de mencionar a Augusto Pardo Granados, acucioso e incansable contertuliano sobre la vida y milagro de Albox, tanto o más como el autor de éstas líneas. Augusto fue alto funcionario del Ministerio de Educación y conoce al dedillo los procesos de la Villa, sus glorias, pesares y avatares y al

ALBOX DESDE LA LEJANÍA Y EL RECUERDO



● José Ignacio poniendo flores en la tumba de su padre en San Juan de Puerto Rico

comentarlas con él siempre paso uno de los momentos más deliciosos de mi estancia en la capital murciana. A veces me pregunto como puede un pueblo tan pequeño llenar la imaginación y el entusiasmo de los que aún viviendo fuera sienten tanta pasión por el. Cuando mi padre hablaba de la serranía que circunda a Albox solía decir que tenían imán y no cabe duda que todo el paisaje y los pueblos del Valle del Almanzora conservan unas características que atrapan al viajero.

Uno de los momentos cumbres de mi acogida en Albox fue cuando, en 1985, por iniciativa de Antonio el Puntas, la Asociación del Barrio de San Francisco me proclamó Hijo adoptivo de la Loma. En la generosa proclamación se dijo que dicho reconocimiento se inspiraba en que yo "no me había olvidado de las raíces y de la tierra de aquellos que como su padre, desde la lejanía, no hicieron mas que hacer crecer el germen del recuerdo de su pueblo a todos los que les rodearon".



● El embajador de España en la ONU, D. Jaime de Pinies, impone a José Ignacio la encomienda de Isabel la Católica. En ambas fotos aparece junto a su compañera María Clemencia

Demás está decir que tanto la intensidad emotiva descrita en este relato como el gran número de personas que conocí en Albox excluyen la posibilidad de poder mencionarlos a todos, para ellos van mis excusas.

Hoy pienso que el mejor homenaje a la memoria de mi padre y de mi hermano es el de considerarme un alboxense mas, unido por vocación y deseo propio a la vieja tradición popular de la Loma, entraña de mis entrañas y sangre de mi sangre. Desde Nueva York, las Naciones Unidas, Trinidad y Tobago, Cuba, República Dominicana y hoy desde Venezuela, todas partícipes de una forma u otra en esta aventura, seguirá viviendo en mi el recuerdo de una hermosa historia y el presente de un permanente viaje próximo. ¡Hasta pronto!